

RICARDO

Sí, lo sé todo. No me exasperes.

AMALIA

¡Jesús! ¡Dios me libre!... ¿Quieres que tu hijo sea como tú?

RICARDO

¿Mi hijo? Dí tuyo.

AMALIA

¡Qué cosas dices!

RICARDO

Tuyo, sí. No tienes tú la culpa. Te dejé que le educaras á tu gusto; nunca intervine con mi autoridad para impedirlo.

AMALIA

¿Para impedir qué? ¿Que tu hijo tenga creencias, que sea cristiano?...

RICARDO

Para impedir que llegara el caso de que mi hijo me considere con desdeñosa compasión, de que me crea un réprobo por quien hay que pedir y rezar á Dios; para impedir que hoy, al oírle, al mirarle, no me conozca en él, porque no hay en él nada de mi vida, de mi pensamiento, de mi alma...

Y yo, que te hubiera matado mil veces si hubiera sospechado siquiera que ese hijo de mi vida y de mi sangre no lo era, he consentido un adulterio espiritual; he consentido que infundan en mi hijo un espíritu que no es el mío... Y ahora, ya tarde, lo siento con horror y reniego de mi paternidad... Y como yo, tantos padres, por indiferencia, por tolerancia, hemos dado el ser á una generación que nos llevará... ¿Quién sabe adonde?... Sí, la culpa es nuestra; es de los que nacimos entre los tiroteos de las barricadas, de los que aprendimos con sangre y con dolor del alma lo que cuesta la libertad de espíritu y de conciencia, y porque nos creímos libres para siempre, fuimos tolerantes... Y no contamos con que vosotras, mujeres, resucitaríais en nuestros propios hijos á los enemigos de la libertad y de la tolerancia...

AMALIA

¡Pero Ricardo, Ricardo!... ¿Te has vuelto loco? ¡Tú quieres matarme! (*Rompiendo á llorar*).

RICARDO

¡Sí, llora, llora!... Con vuestras lágrimas y vuestros rezos gobernáis el mundo... ¡Así anda ello!

JACINTO BENAVENTE

## La Oración del Huerto

...I saliendo se fué según su costumbre, al monte de las Olivas...

I puesto de rodillas oró...

Diciendo: Padre, si quieres, pasa esta copa de mí, empero no se haga mi voluntad, mas la tuya.

I estando en agonía, oraba más intensamente, i fué su sudor como gotas grandes de sangre, que descendían hasta la tierra.

(*San Lucas, Cap. XXII, vers. 39, 41, 42, 44.*)

El Hombre del Dolor marcha en la sombra como si fuera a perpetrar un crimen i el viento negro que tras él se escombra vé que sus labios de pesar se oprimen, que hai en ellos un rictus que le asombra el rictus de los labios que no jimen; que hai congojas que matan en su abismo tan homicidas como el hierro mismo.

La Noche como un gigantesco paño negro i triste en las pompas sepulcrales de un mundo, tiembla de un horror extraño. Como blandones de estos funerales las estrellas se bañan en un baño de infinita tristeza en sus sitios i sus destellos pálidos o vivos lloran sobre la faz de los Olivos.

I ese que va con paso cauteloso, como un fantasma que la sombra evoca, sin una queja, sin ningún sollozo, como una muda, impenetrable roca que tuviera la talla de un coloso, sin un acento que vibrar su boca,

es el más grande que el planeta ha visto, el único entre todos, ese es Cristo.

Tenebrosa es la noche de la tierra, pero, lo es más la noche del Mesías, la tiniebla que en su alma mas se cierra poblada de millares de agonías. La soledad mas grande nunca aterra como esas de las almas, las impías desolaciones de las almas cumbres que no han sabido amar las muchedumbres.

Mirad que en tierra de rodillas ora, i ante ese semidios que se prosterna la inmensa Creación, en esa hora solemne y única en la vida eterna, muda la inmensa Creación, implora. En su balanza pesa Dios la interna, la enorme angustia de uno i otro abismo, i mira que las dos pesan lo mismo.

Es vuestro Redentor, mirad, esclavos, el que en las sombras de aquel Huerto siente la tempestad de sus dolores bravos; los oprimidos que lleváis la frente uncida al yugo, por los cuatro cabos del orbe, como el tardo buel paciente que en la cruel magnitud de su faena olvida hasta el rigor de su cadena.

Oh! vosotros que vais por los caminos de la cruz, los oprobios i las zarzas, carne que hienden los colmillos finos de los lobos sin hambre, las comparsas